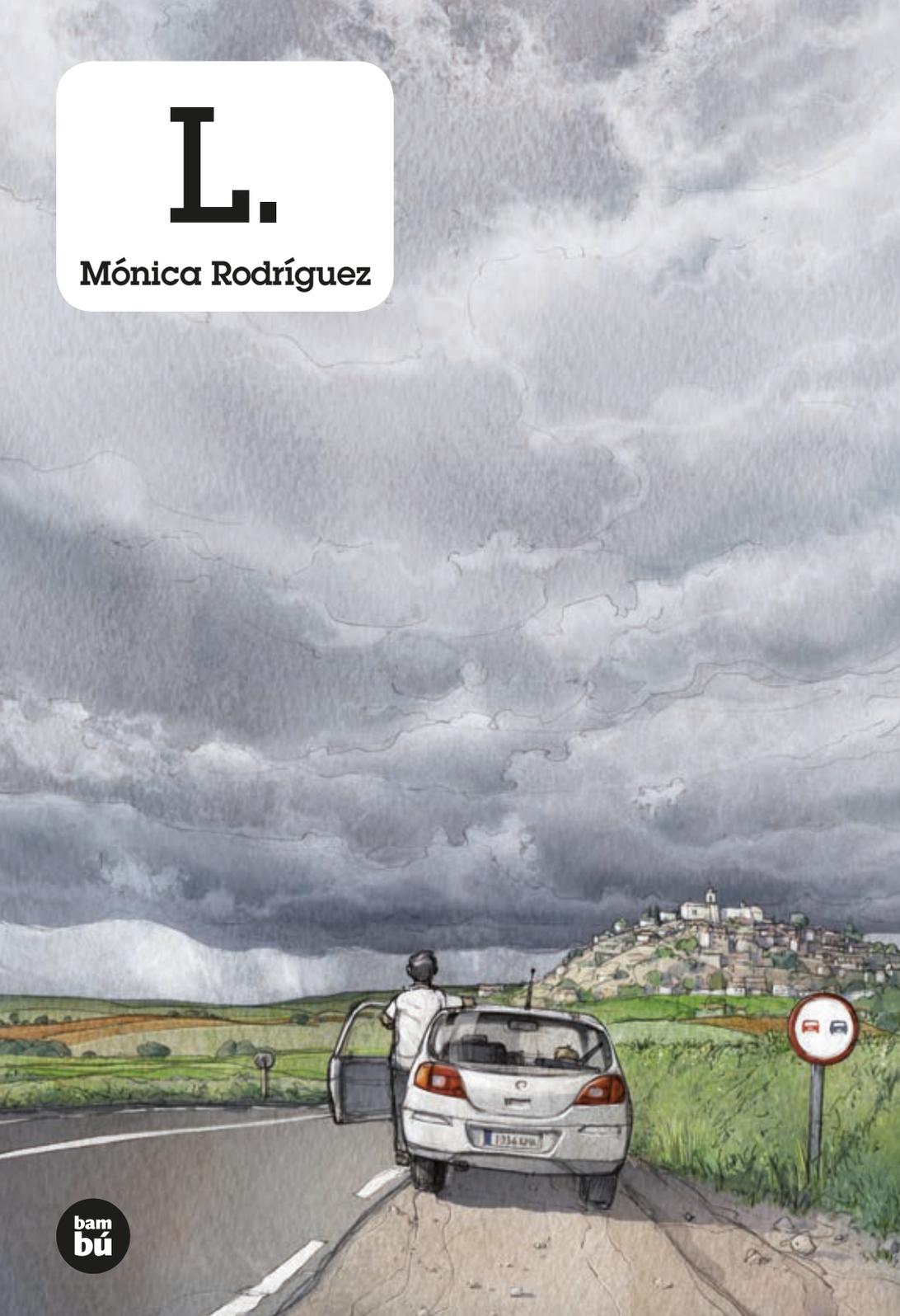


L.

Mónica Rodríguez



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2021, Mónica Rodríguez Suárez,
por el texto

© 2021, Editorial Casals, SA

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Ilustración de cubierta: Jordi Vila Delclòs

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-8343-797-1

Depósito legal: B-11122-2021

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / / 93 272 04 45).

1. El exilio

Yo no quería irme. Era como sacar a una cría de su nido. Fui todo el camino protestando y cuando me cansé, cerré los ojos dispuesto a no volver a abrirlos. No vería el lugar al que nos dirigíamos ni el paisaje que dejábamos atrás. Imaginé los pájaros posados en los olivos y en los cables eléctricos viendo cómo se alejaba nuestro coche cargado de maletas. Cabeceaban tan disgustados como yo. Piaban.

–¡Si hasta los pájaros no quieren que nos vayamos! –protesté.

Cornelio sofocó una risa.

–¿Qué pájaros? ¿Los de tu cabeza?

Imaginé su gesto burlón, mirándome de reajo mientras conducía. Sentí su mano despeinarme, como si quisiera espantarme aquellos pájaros. Me moví incómodo sin abrir los ojos.

–Estaremos bien –dijo Cornelio, paciente–. Estaremos mejor.

Pero yo ya estaba bien. Yo no necesitaba nada más que aquel lugar en el mundo del que habíamos partido, que era el nuestro. No necesitábamos una vida mejor. Pero él se empeñó. Le había salido aquella oferta de trabajo. Aún veía el cartel de cerrado en la puerta de la peluquería. Dentro, la foto de Cornelio, de joven, con largos bigotes y las tijeras en la mano. Como un cowboy de la peluquerías. Ahora todo quedaba atrás, el negocio, el pueblo y también el mar, indiferente a nuestro éxodo. Lleno de peces y barcos hundidos que no sabían nada de nosotros. De Cornelio y de mí. El peluquero y su hijo, huyendo ahora por culpa de la peluquería. Ya casi nadie entraba y Cornelio se pasaba los días sentado en el sillón rojo de peluquero leyendo novelas del Oeste, con los peines enfundados en los bolsillos de su cinturón. Levantaba cada poco los ojos hacia la ventana donde se estrellaba el sol y suspiraba. Afuera un matojo de hierba rodaba solitario. Él, la tijera más rápida de toda la península ibérica, no tenía ni una sola cabeza a la que rapar. Ahí empezó todo. Entonces le hablaron de L., ese lugar al que nos dirigíamos ahora, donde se necesitaba a alguien diestro en peines, cepillos, tijeras y pinzas.

Un lugar en medio de Castilla, tan lejano que llevábamos por lo menos tres horas en el coche.

El fin del mundo.

2.

El fin del mundo

Cornelio había empezado a silbar una melodía pegadiza. La carretera subía y bajaba dentro de mi estómago. Se había vuelto de pronto una espiral. Me quejé.

–Si abrieras los ojos, igual no te mareabas –dijo él.

Apreté con más fuerza los párpados. Soy un rebelde, lo sé. Tanteé la puerta hasta alcanzar la manilla y bajé el cristal. El viento se me metió entre las pestañas. Me aplastó la nariz. No sé a qué olía, pero era distinto. No había mar en aquel ventarrón, no era el olor caliente y familiar de A., nuestra patria. Entreabrí apenas los párpados y vi las montañas llenas de pinos. Entonces Cornelio detuvo el coche.

–¿Lo ves? Allí es.

Pero yo, terco, apreté bien los ojos para no verlo. Tanto que me dolían. Cornelio suspiró impaciente y puso de nuevo el coche en marcha. Entonces, cuidando de que no me viera, abrí una rendija en los párpados y miré aquel pueblo que era nuestro destino: el fin del mundo.

Estaba en un cerro. Las casas se asentaban en las rocas. Más arriba solo había cielo y era azul entre las pestañas. Un águila hacía círculos en su luz. Abajo, estaban el río, las huertas y los pinos. Había también un grupo de palmeras a la orilla del pueblo. Eran extrañas en aquel paisaje castellano. Todo era extraño.

Cornelio volvió la cabeza hacia mí y yo rápidamente apreté los párpados hasta hacerme daño. Ahora sí que no pensaba abrirlos. Nunca más. El coche se movía y el viento entraba con su olor a exilio. Poco a poco, el pueblo lo llenó todo. Voces, pájaros, motores. De pronto, me sentí lanzado hacia delante. El ruido del freno de mano cortó el aire. Oí el golpe de la puerta al cerrarse y su viento. Obstinado, apreté más los ojos y con ellos la luz que se aferraba a los párpados.

–¡Vamos, Pol! Ya hemos llegado. Ayúdame con esto.

Cornelio me hablaba desde fuera del coche. Suspiré con fastidio antes de salir, pero me negué a abrir los ojos. Tanteé la carrocería.

–¿Quieres dejar de hacer el tonto?

–¡Lo que quiero es volver a A.! –grité.

Porque eso era lo que quería. Regresar a nuestra patria, contemplar el nombre serigrafiado en la ventana de la peluquería, «Barbería Cornelio. Desde 1910», y detrás, las calles familiares, el mar extenso y ruidoso. Entonces sentí las salpicaduras. Instintivamente abrí los ojos. Cornelio me lanzaba agua de una fuente de azulejos que había en los bajos de una casa con balcones. Las maletas de Cornelio estaban en el suelo y también se mojaban.

–¿Pero qué haces? –grité malhumorado.

–Abrirte los ojos.

Unas risas me hicieron mirar hacia arriba. En uno de los balcones, dos niños se reían. Él era alto y orejudo y se le movían los hombros. La niña, más pequeña y despeinada, sentada con los pies colgando entre los barrotes, tapaba su boca tratando de ocultar aquella risa.

Tomé mi maleta con furia y caminé calle arriba. Cornelio me alcanzó con sus dos maletas. Tres ancianos inmóviles, sentados en un banco, frente a la fuente, nos miraban.

–Anda, Pol, pon un poco de tu parte. Estaremos bien. Los principios cuestan, pero estaremos mejor. Te lo prometo.

Hizo una pausa y añadió sonriendo misteriosamente:

–Todo pueblo tiene sus tesoros.

–Y sus demonios –dijo una voz grave, susurrante, como un golpe de viento.

Me sobresalté. Miré hacia los ancianos, quietos como lagartijas al sol. Uno de ellos cabeceaba, asintiendo, apoyado con ambas manos en su bastón.

–¿Quién ha dicho eso?

–¿El qué? –preguntó Cornelio–. Yo no he oído nada.

Se encogió de hombros y retomó el camino. Los ojos de los viejos siguieron su trayectoria. También los niños desde el balcón. Alcancé a Cornelio de una carrera.

Aquellas dos palabras, tesoros y demonios, hacían círculos en mi cabeza.

Tesoros y demonios. Demonios y tesoros.

Como una premonición.

3. La pensión

No tardamos en llegar a la pensión. Nos abrió una mujer grande, con mandil a cuadros y rulos en la cabeza. Nos miró un rato, desconfiada, y entonces se dio un golpe sonoro en las pantorrillas como si hubiera caído en la cuenta de algo.

–Tú debes de ser Cornelio, el motilador.

–El peluquero –la corrigió él, sonriendo solo de un lado y levantando una ceja.

Cuando hacía eso, se le formaba un doble pliegue en la mejilla derecha. Los largos bigotes le colgaban de la boca y uno de ellos se elevaba como una cortina por la comisura del lado sonriente. Daba lástima que no llevara un sombrero vaquero y una estrella de sheriff. La señora se rio con tantas ganas que nos escupió un poco.

–¡Ea! Mira que es usted gracioso. Se nota que vienen del sur. Este es su hijo, ¿verdad? ¿Cuántos años tienes, bonito?

No contesté, por supuesto. Si no podía mantenerme con los ojos cerrados, al menos no hablaría. Nunca más. Hasta que volviéramos a nuestra patria.

—Once —contestó Cornelio, comprendiendo que me había vuelto mudo por pura cabezonería.

—*Mu* delgadico estás tú *pa* once años. Pero eso lo arreglamos en unos días. Te voy a preparar unas migas y unas tortas de sardinas y un rin ran que vas a chuparte los dedos y a ponerte lustroso... Ya tenía ganas de que viniera alguien al pueblo, ea. El negocio se resiente. Hace años que nadie viene pa quedarse. Veréis qué a gustico vais a estar, como en casa...

Siguió parloteando alegremente mientras nos conducía por el sombrío pasillo de la pensión. Era tan oscuro y tan largo que podíamos estar atravesando la tierra de lado a lado. Y hacía frío. Mucho frío. Como en el Polo Norte. Como en el planeta enano Plutón.

Doña Maruja, que así se llamaba la casera, nos abrió una de las puertas y nos empujó hacia el interior. De un manotazo, corrió las cortinas y el sol golpeó las paredes desnudas donde relucía un crucifijo. Había dos camas, una mesa, un armario y una silla. Era una habitación desoladora. Era imposible recuperar la voz ante aquella miserable visión. De inmediato, eché de menos mi cuarto, con mis pósteres, mi edredón y la ventana mirando a la peluquería de Cornelio.

—Aquí está el baño —doña Maruja señaló una puerta—, pequeño pero reluciente como los chorros del oro. Espero que esté todo a su gusto, señor Papillón.

Ese es el apellido de Cornelio. Cornelio Papillón. Por fortuna, yo tengo mi propio apellido: Octavius. Octavius era el nombre de un galeón fantasma con tres mástiles encontrado en el siglo XVIII, en Groenlandia, con toda la tripulación muerta y congelada. *Papillon*, en francés, significa mariposa. Sin duda, mi apellido es bastante mejor.

–Perfecto, perfecto –dijo Cornelio–. Antes de instalarnos me gustaría que nos enseñara el local, doña Maruja.

–¿El local?

–El local de la nueva peluquería –precisó Cornelio innecesariamente.

Al oírle, a la mujerona le entró un nuevo ataque de risa. Su pecho se agitaba provocando un ventarrón oloroso.

–No tenga prisa, mañana lo verá con los otros peluqueros que le ayudarán en la faena –dijo, secándose las lágrimas de los ojos con la punta del delantal.

–¿Otros peluqueros?

–Pues claro, son cientos, miles los clientes de la peluquería.

Y alegre como una colegiala, aún con la risa en los labios, salió del cuarto repitiendo lo gracioso que era Cornelio. Él y yo nos quedamos algo perplejos, pero enseguida Cornelio se puso manos a la obra para adecuar el cuarto. Como yo me crucé de brazos, dispuesto a no colaborar, él acabó rindiéndose. Se sentó en la cama con los hombros y el bigote caídos. Golpeó varias veces el colchón para que me sentara a su lado, pero yo no me moví.

–Pol, tampoco esto es fácil para mí. En nuestro pueblo ya no teníamos oportunidades. Aquí tendremos un buen negocio. Mira lo que ha dicho doña Maruja: cientos, miles de clientes esperando un corte de pelo. Ahorraremos, podrás estudiar... Debes darle una oportunidad a este lugar. Y a tu viejo Cornelio. ¿Por qué no sales y conoces el pueblo mientras yo arreglo el cuarto? Cuando vengas, te sentirás como en casa. Te lo prometo.

Me pareció una buena idea. Me encogí de hombros y seguí inmóvil. No iba a ponérselo fácil.

–Después de un corte de pelo, puedes sentir nostalgia de tu antiguo aspecto o disfrutar del nuevo. Pero nada te va a devolver el pelo cortado. Solo con el tiempo acaba creciendo...

Cuando se pone filosóficopeluquero no hay quien aguante a Cornelio. Me di la vuelta y me fui por el largo pasillo que atravesaba la tierra de lado a lado, pisando muy fuerte para demostrarle al mundo y a Cornelio que yo no quería estar ahí, en L., que odiaba el pueblo y a sus gentes. Y eso que todavía no conocía a Perico ni a Mencía ni las tres cosas de L. (o cuatro).

4.

Las tres cosas de L. (o cuatro)

Caminé por las estrechas callejuelas del pueblo pateando alguna piedra. Miraba los tejados y los trozos de cielo. Había mucho silencio y era extraño. En A. no existía el silencio. Siempre estaba el ruido del mar. O el de las tijeras de Cornelio. Alcancé la plaza de la fuente donde habíamos aparcado. Los tres viejos continuaban sentados en el mismo banco, fosilizados. Al verme, uno de ellos, el que estaba apoyado en el bastón, trató de sonreír pero solo consiguió desencajarse la dentadura postiza.

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?

Era el niño orejudo desde el balcón. La niña permanecía con las piernas colgando entre las rejas. Desde abajo veía la suela de sus zapatos. El juego de sombras sobre mi cara. Y su pelo disparado como si hubiera pasado un huracán. Guiñé los ojos y no contesté.

Estuve tentado de echar a correr.

—¡Espera que bajo!

Y no sé por qué esperé. Al rato estaba a mi lado. Era más alto que yo, más nervioso y, sin duda, más orejudo. Caminaba desgarbado como si le hubieran crecido las piernas demasiado deprisa. Detrás, apareció la niña.

–¡Tú a casa, Mencía! –le gritó.

Ella se enfurruñó y se cruzó de brazos. Los calcetines se le arrugaban en los tobillos y aquel desorden de rizos de su cabeza le hacía parecer una castaña de Indias. El niño dio varios pasos y se volvió hacia mí.

–¡Vamos, sígueme! –ordenó impaciente.

Como ya nada me importaba, lo seguí. Al fin y al cabo, me hallaba despojada de todo. Sin mi patria, sin mi cuarto y sin mis amigos. Pensé en ellos, en mis amigos. Los imaginé junto a la puerta de la abandonada peluquería, mirando el mar y pensando en tiempos mejores. Si he de ser sincero, tampoco sentí demasiada nostalgia por ellos. El exilio me estaba volviendo duro.

–Hay tres cosas que tienes que conocer de L. –me informó el niño orejudo deteniéndose de pronto–. Las huertas del Tabanazo, el puente de los Bandoleros, las cuevas del Infierno y la fuente del cura.

–Eso son cuatro –dije.

Y enseguida me arrepentí de haber hablado. El niño desgarbado me miró de malos modos.

–¿Quieres conocerlas o no?

–No –dije.

Pero él ya estaba corriendo cuesta abajo hasta el final del pueblo y lo seguí. Había bancales con legumbres y melocotoneros. Más abajo sonaba el río. La sierra de pinos golpeaba la vista y no había ese vacío para los ojos que es el mar. Seguí-

mos corriendo por un camino de piedras. Entonces se detuvo en seco, se sorbió los mocos jadeando y señaló las huertas llenas de árboles frutales, cercanas al río.

–Aquí puedes subir a los árboles y comer toda la fruta que quieras.

Me miró guiñando un ojo a causa del sol y sonrió con malicia.

–Eso sí, si te pescan te muelen a tabanazos.

–¿Qué son tabanazos?

Por toda explicación golpeó el aire con los puños. Después sonrió burlón.

–¿Eres bueno huyendo?

–El mejor –aseguré.

–Eso habrá que verlo. ¡Vamos!

Tengo que reconocer que su duda me ofendió. Menudo mentecato soberbio sorbedor de mocos. Por supuesto, no pensaba seguirlo. Me iría ahora mismo. Volvería a la pensión y le diría a Cornelio bien clarito que yo regresaba a nuestra patria. Con o sin él.

–¡Vamos! –repitió el orejudo–. ¡Sígueme!

Y sin saber por qué, de nuevo, lo seguí.